

La Novela Cinematográfica

N.º 4

20 cts.



LA
ATRAC.
CION DE LA MUERTE

por
EUGEN KLÖPPER

La atracción de la muerte



N.º 4

20

LA ATRACCIÓN DE LA MUERTE
JUAN KRÓMER
DOL

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA

Redacción } Provenza, 244
Administración } Teléfono 1336 A. BARCELONA

Año I

Núm. 4

La atracción de la muerte

Sensacional novela cinematografica en dos jornadas

Interpretada por: **Eugen Klöpfer**

Ediciones: Gloria Film U. F. A.

Exclusivas de la casa F. TRIAN S. en C.

Consejo de Ciento, 261 - BARCELONA

Primera jornada

LA MANO DEL DESTINO

Mac Clifford ha resuelto poner un colofón trágico a su azarosa vida. exacta por completo de cuanto no sean privaciones y sufrimientos. Empero para quitarse de la vida, le falta valor—¡oh el paradógico y cobarde «valor» de los suicidas!—, y decide buscar en el alcohol las fuerzas que le precisan para llevar a cabo su determinación trágica.

Lentamente, y abrumado bajo el peso de su desgracia infinita, deambula por las calles solitarias de los suburbios de la gran ciudad. y entra en

una taberna, pero no teniendo dinero para pagar las copas, entrega al tabernero su reloj, que, por ser recuerdo de su madre, había conservado hasta entonces.

El alcohol ha llenado de brumas la cabeza del desdichado Clifford, quien ya en las afueras de la ciudad, parece buscar un árbol para ahorcarse, cuando el agudo silbido de una locomotora le hace cambiar súbitamente de plan. ¡Son tantos los caminos que pueden conducir a la muerte!.. El convoy se va aproximando a una velocidad asombrosa; Clifford se lanza a la vía, cuando súbitamente, un individuo que venía siguiéndole sin que él se hubiese dado cuenta, cae sobre él dispuesto a arrancarle de las garras de la muerte.

Clifford forcejea, y entre los dos hombres se entabla una lucha emocionante, en tanto que la locomotora sigue avanzando.. El desconocido que, a juzgar por la decisión con que exponía su vida tiene un gran interés en que Mac no lleve a cabo su fatal propósito, más fuerte, que aquel, consigue vencerle y sacarlo de la vía, en el preciso momento que la gigantesca mole de acero pasaba junto a ellos a una velocidad de vértigo y locura: unos instantes más, y hubieran perecido los dos.

El desgraciado, no parece agradecer mucho el acto heroico, llevado a cabo por su salvador, y en su fuero interno, maldice al inoportuno que le

ha privado de llevar a la práctica una determinación que él creía harto motivada..

—Vamos a ver, amigo, ¿qué le ha inducido a quitarse la vida?

El interpelado hubiera querido mandar nora-mala al preguntón, pero sentíase dominado por aquel hombre, y progresivamente iba reconociéndole superior a él, y a su pregunta, contestó:

—¡La miseria! ¡La desesperación! ¡El hambre!..

—Si usted quiere, puedo yo sacarle de apuros...

—¡Imposible?—interrumpió el desgraciado.

—No lo crea. Repito que puedo mejorar su situación, y aun me atrevería a decir que puede usted llegar a rico. Me explicaré. Yo soy artista de circo, y he inventado un aparato, que he bautizado con el nombre de «LA rueda de la muerte». Para explotar mi invento necesito el concurso de un hombre valliente y decidido, en una palabra: que no tema a la muerte— y, por lo que acabo de ver me afirmo en la creencia de que es usted el hombre que a mi me interesa. He dicho que me afirmaba, puesto que indicios de ello, ya los tenía, pues en cuanto ví a usted al salir de la taberna adiviné al presuicida. Pero para adquirir el convencimiento de ello, le he seguido, y he aguardado el momento de que se dispusiese a ejecutar su fatal propocito. Perone lacruidez de mi lenguaje, y discúlpeme también, si a impedir su suicidio antes me ha movido el deseo de hallar en usted, al hombre que fácilmente se

juega la vida, que al de salvar la existencia a un semejante.. Repito lo antes dicho. Si nestros planes no resultan fallidos, llegará usted a ser rico, y si por el contrario, fracasamos, morirá usted.. que es lo que se proponía hace un momento. ¿No cree que merecen ser tenidas en cuenta mis palabras?... Decídase pues..

—Acepto, su proposición: ¡seré su compañero!—respondió Mac.

Y aquellos dos hombres, que momentos antes entablaran una lucha formidable, uno buscando la muerte, y el otro para impedirlo, con un fuerte y viril apretón de manos, rubricaron el contrato, verbal que habían efectuado.

* * *

Han trascurrido algunos años. En una gran capital, una compacta muchedumbre se apretuja, agolpándose ante la puerta del Gran Circo Medrano para admirar las proezas de un intrépido acróbata.

Este es Mac Clifford con quien la suerte se ha mostrado propicia. Su fama ha recorrido ambos continentes, su número es reputado como uno de los más emocionantes de cuantos se efectúan en circos y desde hace tiempo viene firmando contratos ventajosísimos, lo que le ha permitido poseer un pequeño capital y desposarse con una hermosa joven llamada Elena.

La gente comenta muy animada la estupenda atracción que representa la labor de Clifford y por todos es reconocida su prodigiosa sangre fría, su habilidad insuperable, y su indiferencia ante el peligro.

Poco antes de comenzar el espectáculo, Mortera, el Director del Gran Circo Medrano, mientras en su despacho está entregado a la compli-



Mary, la pequeña ¡equilibrista

cada tarea que le incumbe, recibe la visita de Coborn, amigo de infancia, y que en la actualidad ejerce la abogacía. Mortera queda agradablemente sorprendido con la presencia de su estimado amigo, a quien hace muchos años no había visto. Después de mútuas explicaciones acerca

de lo que ha sido de ellos durante su separación, el Director invita a su amigo a presenciar la función desde su palco.

En tanto sigue llenándose el circo, en cuya fachada un letrero luminoso anuncia la atracción cumbre. Un aeroplano lanza sobre la ciudad miles y miles de prospectos, en los que el nombre de Mac Clifford es calificado de «el más grande acróbata de todos los tiempos».

Al llegar al palco, el abogado Coborn, reconoce en una hermosa mujer que se halla presente,— la esposa de Mortera— a Margarita, la que fué su novia durante mucho tiempo.

La sorpresa de ambos, al hallarse frente a frente, no es para desérita, y Coborn, aprovechando la ausencia de Mortera, que ha sido llamado urgentemente, dice a Margarita:

—Si hubiera podido sospechar que te habías casado no habría vuelto nunca más. Bien sabes que mi partida, no obedeció a otra cosa que a intentar que tus padres, no persistiesen en su propósito, de impedir nuestro enlace... Recuerda que convinimos, en que no nos casáramos... Yo he hecho honor a mi promesa, puesto que continuo soltero. Dime tú porque no has cumplido el compromiso de esperarme que conmigo contraíste.

Y en tanto que la llama que un tiempo abrasó sus corazones juveniles parece reanimarse, sigue la función.

El «clou», el número cumbre. «La rueda de la muerte», va a representarse. En la sala se pro-

duce un silencio sepulcral. Los concurrentes, altamente emocionados, siguen con creciente atención la peligrosa tarea del acróbata. Y Mac Clifford, el intrépido artista una vez más triunfa en su lucha con la muerte, y una ovación unánime saluda al arriesgado trabajo del artista.

Cuando éste se halla en su camerino hablando Elena, su gentil mujercita, oye el trágico grito de «¡Fuego!» que siembra la confusión y el pánico entre la muchedumbre. El Circo abre sus puertas, y la concurrencia dejándose guiar por el instinto de la propia conservación, que tácitamente equivale a un «¡Sálvese quién pueda!», se preocupa de ganar la salida, con el fin de quedar a salvo.

La confusión es enorme, y el afán que todos tienen en salir los primeros, entorpecen el orden, lo que trae como consecuencia que tarde más tiempo que de costumbre en quedar desalojado el local.

Los artistas, se precipitan también hacia la calle—, procurando antes, no perecer víctimas del siniestro, que de recoger sus efectos, y vestirse.

Mac Clifford, que como es de suponer no siente el menor miedo a la muerte, espera a salir a que el desorden haya cesado, y, cuando acompañado de su mujer, se disponía a alejarse, percibe unos gritos de angustia. Mira por doquier, y vé a Mary, la pequeña equilibrista, que está en el alambre de acero, tendido a diez y ocho metros sobre la pista.

El acróbata corre a salvarla, pero su esposa le retiene, diciéndole que por salvar la vida de aquella niña, cosa que no podrá lograr, pone en seguro peligro la suya, pero Mac que tiempo atrás fué también arrancado de las garras de la muerte, niega a seguir sus consejos, acompaña a su esposa hasta la salida, y tratando de darle seguridades, la dice que no le pasará nada, y salvará a la pequeña artista.

En pocos momentos el fuego había tomado proporciones aterradoras, y amenaza reducir a pavesas el edificio. Clifford avanza decidido, pero ha de etenerse con frecuencia para evitar el peligro que representaría del sacrificio estéril de su vida.

Corre escalera arriba, y en repetidas ocasiones con un rápido esguince, hurta su cuerpo a la muerte, pues ora es un tabique que se derrumba, ora son las vigas que caen estrepitosamente.

El calor es asfixiante, Clifford, difícilmente puede respirar, y hay momentos en que el principio de asfixia, parece presentarse irremediablemente. Pero impertérrito sigue avanzando y reconoce que su empresa es difícil, no se le oculta que expone su vida pero una absoluta confianza en sí mismo, y por decirlo así, el tener plena conciencia de que ha de salir triunfante en su empresa le impulsa a seguir adelante.

A la parte superior del edificio, las llamas no han llegado todavía, pero es allí la atmósfera más densa casi irrespirable ya que el humo acu-



Elena se esfuerza en rogar a Mortera.

mulado en las bóvedas forma grandes remolinos.

Mary que no ha podido salvarse por haberse quemado la escalera de cuerda que desde la pista facilitaba el acceso al alambre, sigue pidiendo auxilio; pero su voz progresivamente deviene más débil; ni siquiera el terror que le produce la perspectiva de la horrorosa muerte como la que ella cree imposible sustraerse, le presta alientos para gritar.

El pavor de que es presa, por su trágica situación, y la densidad de la atmósfera, no le permiten sino lanzar débiles quejidos que pronto serán «impercibibles».

Clifford, a quien lo arriesgado de la empresa presta aliento sobrehumano, llega al sitio donde se encuentra Mary que está semidesvanecida.

La coge entre sus brazos, y pasando por entre aquel tordbellino de fuego, se precipita hacia la escalera pero un estruendoso ruido le detiene súbitamente anunciándole que le queda cerrado el paso; las llamas han ido destruyendo el edificio y varios tramos de la escalera se derrumban con estrépito, cortando toda posibilidad de avance.

El heroico acróbata detiénese un momento y considera su situación que es más peligrosa que nunca ya que las llamas libres ya del obstáculo que para ellas era la escalera, se yerguen ahora en toda su espantosa grandiosidad, esparciendo una destructora avalancha de fuego.

Mac, vé que, por aquel lado, toda salvación es imposible. ¿Qué hacer entonces?..

Pero la duda tiene la duración de un relámpago. Sólo queda una ruta libre: la ruta aérea, y Clifford dando prueba cumplida de su heroísmo, sujetando fuertemente entre sus brazos a la pequeña Mary, se encarama en una de las ventanas superiores del edificio y se lanza al vacío..

.....

Un ¡hurra! estruendoso saluda la heroica acción de Clifford, quien si hasta entonces había sido objeto de la admiración por su labor de acróbata, deviene ahora ídolo de la muchedumbre.

La habilidad consumada del gran artista de circo ha sido causa de que la pequeña equilibrista se salvase, pero Mac, en su arriesgado salto, ha sufrido la doble fractura de la pierna izquierda.

Los más afamados cirujanos examinan al herido, y tras repetidas consultas, convienen unánimes en que Clifford no podrá seguir ejerciendo su profesión.

¡En aras de su heroísmo, ha sido sacrificada su vida artística!

En resumen una existencia trunxada.. ¡Un porvenir destruido!

Pronto empieza para Clifford una era de engaños. La multitud es olvidadiza; el que ayer era con harta justicia calificado de héroe, hoy es víctima del más cruel de los olvidos.

Y Clifford, ultra su difícil situación económica, sufre la pequeña tragedia de los artistas, para quienes el aplauso del público tiene una importancia decisiva, ya que por decirlo así es el barómetro que gradúa su habilidad.

El artista, imprevisor por instinto jamás había pensado en la posibilidad de un accidente que le impidiese seguir ejerciendo su arriesgada profesión, y así no se había preocupado de asegurarse contra el riesgo de inutilidad forzosa.

El pequeño capital que poseía fué agotándose paulatinamente, y a no tardar el artista y su esposa sufrieron de privaciones y sacrificios.

¡Triste presente para quien durante unos años ha vivido la vida regalada de los favorecidos por la suerte!

Clifford anhelaba vivir, más que por él, por su idolatrada esposa. Así pues, decidió visitar una agencia artística de colocaciones bien dispuesto a aceptar un empleo cualquiera, por modesto que fuese.

El agente no quiso tener la brutal franqueza de convencerle de que era inútil. Ofrecióle tener muy en cuenta su petición.

—Ya le enviaré recado, tan pronto sepa algo para usted...—le dijo.

Pero en su fuero interno reconocía que para

aquel desgraciado inválido, no había de encontrar empleo.

¿A qué seguir narrando las vicisitudes que sufrió el ex-artista en esta nueva etapa de su azarosa vida?..

Baste decir que él y su joven esposa apuraron el cáliz hasta las heces, y que para Clifford significaba un doble tormento ya que veía padecer a la elegida de su corazón, y era impotente para evitarlo.

* * *

Ha transcurrido bastante tiempo desde que sucedieron los hechos que se han relatado.

El ex-acróbata sigue llevando una vida difícil, con la agravante de que no vislumbra la posibilidad de una mejora.

El Nuevo Circo Medrano anuncia su reapertura con una notabilísima compañía internacional de Circo Ecuestre; en los carteles se ven anunciados diversos números de fama mundial, entre los que, poderosamente se destaca, la famosa «Atracción de la Muerte».

Anúnciase que el célebre acróbata Gabdin es el que efectuará el emocionante número.

Entre el público hda despertado gran interés, pues como quiera que el recuerdo de todos está la impecable ejecución de Clifford en el peligrroso número, se pretende ver si el nuevo acróbata, vale lo que aquél o le supera acaso.



—¡Pobre esposo mío!

Pocos días antes del de la inauguración de la temporada, Mortera, el empresario del Circo, recibe un lacónico telegrama, en el que se le anuncia la muerte de Gabdin, efectuando su arriesgado ejercicio, en el Circo de otra ciudad.

A Mortera la noticia le causa una desilusión tremenda, pues se hallan vendidas todas las entradas y localidades para todas las funciones de la corta temporada.

Claro está que a él no se le oculta que ante un caso de fuerza mayor, el público sabrá hacerse cargo de su situación y no pondrá en entredicho su seriedad de empresario, pero para él constituye una perspectiva nada halagüeña el devolver el importe del taquillaje vendido, lo que determinaría, el que dejase de hacer un estu-
pendo negocio.

Y como empresario, es decir, como hombre de negocios, para quien no existe la palabra imposible, se propone hallar un sustituto.

Consulta el caso con su secretario, hombre inteligente en el negocio, quien se muestra de acuerdo con su opinión: precisa hallar un sustituto a toda costa.

El secretario habla con los restantes acróbatas que componen el elenco de la compañía y les ofrece una cantidad crecidísima para que ejecuten la emocionante atracción, pero uno tras otro, rechazan las proposiciones, ya que ninguno cree en la posibilidad de salvarse.

Se telegrafía a otros grandes acróbatas residen-

tes en otras ciudades, haciéndoles importantes ofertas, pero no consigue el resultado apetecido. Por vía telegráfica todos contestan negativamente.

Y cuando ya desesperaba de encontrar el sustituto, cuando creía inminente el primer fracaso cuando por vez primera creía ser vencido, una idea acudió a su mente.

—Acaso Mac Cliffford aceptaría...—se dijo.

Sin pérdida de tiempo se dirigió a casa del ex-acróbata.

Cliffford se hallaba sólo, y el secretario de Mortera, le habló así:

—Sé que estáis atravesando una situación difícil... ¿Queréis reunir una crecida cantidad trabajando unos cuantos días?..

—¿Qué hay que hacer?—preguntó, suponiendo que se le ofrecía por fin el tan ansiado empleo.

—Muy sencillo, y para vos nada difícil. Gabdin, que estaba contratado para la «Atracción de la Muerte», nos ha teleografiado diciendo que rescinde el contrato por hallarse enfermo, y nosotros para no retrasar la inauguración de la temporada hemos acordado ofreceros la cantidad que queráis para vuestra nueva presentación.

Cliffford al oír tales palabras, se levanta, considera su pierna, y hace con la cabeza signo negativo.

Pero el secretario no es hombre que fácilmente se dé por vencido, y posee argumentos de influencia decisiva.

Abre la cartera, y enseña a Clifford un fajo de billetes de Banco, diciéndole:

—Pensad bien la oferta que os hago en nombre del Empresario del Circo Medrano. Vuestra habilidad es garantía de que no os ha de ocurrir desgracia alguna, y en cambio, con diez funciones podéis reunir un importante capital..

Clifford cavilaba.. Couprendiólo así el sagaz secretario, quien tuvo clara visión de que ya tenía la partida medio ganada, y añadió:

—Debo advertiros que la cantidad podéis fijarla vos mismo, y que de aceptar, en el instante os entregaré a título de anticipo la cantidad que queráis.. Aquí está el contrato.. ¿Hace?..

Y mientras así hablaba mostraba al desventurado ex-artista una fortuna en papel moneda..

Clifford decidese.. Firma el contrato, y recibe una importante cantidad a cuenta.

Y en tanto que éste contempla el dinero amontonado, el secretario corre al Circo a participar a Mortera, el éxito de su gestión.

Al llegar Elena, su esposo la dice que se ha acabado ya la vida de sufrimientos y privaciones.

Ella, no comprende el alcance de las palabras de Clifford, y éste para convencerla, la enseña los billetes de Banco.

Inquieta Elena como ha llegado a sus manos tan crecida cantidad, y su marido inventa una excusa verosímil, que ella acepta sin discusión, máxime cuando vislumbra mejores tiempos.

El primer cuidado de ambos es comprar unos valiosos trajes, y por la noche se van a un music-hall.

Terminada la función, en el cabaret se desborda la alegría. Clifford se siente generoso, y, tras op' para cena corre el dorado «champagne».

A la florista, en pago de un pequeño «bouquet» le dá un billete, cuyo valor supera cien veces al de las flores recibidas.

Clifford y Elena quieren desquitarse de las privaciones sufridas; y procuran vivir unas horas de felicidad intensa que les hagan olvidar un pretérito difícil.

Un muchacho se asoma al cabaret, voceando los periódicos de la noche. Mac, compra uno.

—¡Cualquiera!—dice.

Lo hojea distraídamente; de pronto, palidece, lee con avidez, y acaba estrujándolo entre sus manos..

Segunda jornada

ABNEGACION

Clifford había dado absoluto crédito a las palabras del astuto secretario del empresario Mortera y por tanto estaba firmemente convencido de que Gadbin había rescindido su contrato con el Gran Circo Medrano, por hallarse enfermo.

Pero la casual lectura del periódico ha sido para él la revelación brutal y descarnada de lo sucedido.

Y entonces se apodera de él un pánico loco. Había accedido a firmar el contrato, tanto para hacer frente a su desesperada situación, cuanto porque aún confiaba en sus fuerzas.

Además arrostrar un peligro frecuentemente, implica familiarizarnos con él y, por ende, alejar de nuestro ánimo la idea de la posibilidad de un fatal desenlace.

Pero al saber la muerte de su compañero efectuando el arriesgado ejercicio, ha sido para su

ánimo, por decirlo así, un poderoso reactivo, pero a la inversa. Teniendo clara noción del peligro que corría pensó que el estado de su pierna había de determinar una fatal inminencia del peligro, y el instinto de la propia conservación rebelose en él con la avasallante fuerza del imperativo categórico.

Su esposa se ha enterado por fin de dónde procedía el dinero, y no hay que decir con qué insistencia le ruega rescinda el contrato.

Cierto que Clifford no necesitaba de los ruegos de Elena para tomar tal determinación, ya que él estaba firmemente decidido a hacerlo.

A tal fin visita al empresario, pero Mortera le replica secamente que ha firmado un contrato y que por tanto ha de cumplirlo.

Clifford dice, que es cierto, pero que si lo firmó, fué engañado por el secretario, quien mintió sobre las causas que determinarían el incumplimiento de Gadbin.

Y acaba diciendo:

—Si yo hubiera sabido que Gadbin había muerto, no hubiera yo firmado el contrato, y menos teniendo en cuenta el estado de mi pierna. Señor Mortera, hágase cargo de mis razones y anulemos el contrato que yo me comprometo a devolverle, tan pronto me sea posible, la cantidad recibida a título de anticipo.

—¡Basta!— contesta Mortera indignado.—Ni una palabra más sobre éste asunto! Guardo en mi poder el contrato suscrito por ambos. Yo he hecho

siempre honor a mi firma y usted no puede hallar justificación para obrar de otro modo.

* * *

Las antiguas relaciones entre Margarita y el abogado Coborn han renacido nuevamente, y es en los corredores del Circo donde se ven todos los días..

Han conseguido mantener en secreto sus culpables relaciones, pero por fin, alguien que espía constantemente a Margarita se entera de ellas.

Este es «Pupo» uno de los clowns del circo, que está locamente enamorado de la mujer del empresario. La declara su amor, pero Margarita le rechaza indignada.

Y «Pupo», el grotesco clown que con sus contorsiones y caídas hace reír a la concurrencia, sintiendo su corazón mordido por el áspid de los celos, se venga, enviando al empresario un anónimo delator, en el que le participa la infidelidad de su esposa.

La indignación de Mortera, no reconoce límites. ¡«Pupo» puede estar satisfecho de su venganza!..

Mortera no tarda en saber quién es el amante de su mujer, ya que en un cajoncito secreto de su tocador halla una carta de Coborn, que le revela fehacientemente la realidad de lo denunciado en el anónimo.

Su indignación, crece de punto al saber que

es Coborn, un amigo de infancia, el que le traiciona.

Elena la amante esposa de Clifford, enterada por éste de que sus gestiones cerca de Mortera para conseguir la anulación del contrato, no habían dado el resultado apetecido, decide visitarle ella misma.

Así lo hace, visitándole precisamente la misma noche en que Mac debía reaparecer en la pista, horas antes de comenzar la función.

La entrevista tiene lugar en el despacho del circo, y Elena se esfuerza en rogar a Mortera la rescisión del contrato, y dicele:

—Señor Director, mi esposo no puede dar ese salto.. Tiene una pierna inútil e intentar lo sería arrojarse a sabiendas en brazos de la muerte.

Pero Mortera, que en el terreno particular era un excelente sujeto, puesto en empresario, era inflexible. Súmase a ello la exaltación producida en su ánimo al tener el pleno e inequívoco convencimiento de que su esposa y un amigo de la infancia habían labrado su deshonor, y se explicará perfectamente el que a las súplicas de Elena se limitase a contestar con rudeza:

—Su esposo, señora, ha firmado un contrato y tiene que cumplirlo.

Elena viendo que nada podía conseguir de aquel hombre se despidió diciéndole:

—Pues bien, puede usted hacer lo que tenga por conveniente; más le prevengo que si obliga

usted a trabajar a mi pobre esposo ocurrirá esta noche algo tedrrible!

Y en tanto que Elena desesperada salía del despacho del Director y empresario del Gran Circo Medrano, éste que había dejado incontestada la última frase de la esposa de Clifford, se encogía despectivamente de hombrdos... pero sacaba de uno de los cajones del «buró» un revólver cargado y lo dejaba encima del vade.

Si Elena no hubiese salido tan alocada del despacho de Mortera, probablemente habría visto que una sombra que había escuchado la conversación, desaparecía rápidamente a lo largo del corredor.

Poco rato después, cuando Clifford en su camerino estaba vistiéndose para salir a la pista, el abogado Coborn que estaba muy lejos de suponer que Mortera se hubiese enterado de su villanía, entró a visitarle en su despacho, saludándole amistosamente como era costumbre en ellos.

Pero el letrado vióse desagradablemente sorprendido al ver que el empresario en lugar de corresponder a su cordial saludo, se arrojaba ferozmente sobre él.

La escena duró pocos segundos... Coborn que no podía dudar de las intenciones de su ex-amigo, apercibióse del revólver que había encima de la mesa, se apoderó de él y lo disparó contra su

Había obrado en defensa propia, y hasta que vió al que fué su amigo, tendido en el suelo, al que un balazo en el corazón le había causado la

muerte instantánea, no se dió exacta cuenta de lo ocurrido.

Y entonces para esquivar toda responsabilidad, disimuladamente corrió al camerino de Clifford y dejó en él el arma homicida. Momentos antes el acróbata se había dirigido a la pista dispuesto, en cumplimiento del contrato que le obligaba, a empezar su trabajo. ¡A morir, seguramente!



Cuando el oficial criminalista entró en su celda.

Pero en el preciso instante en que se disponía a dar el salto trágico, sale a la pista el secretario del Director y dando orden de suspender el espectáculo, se dirigió a la concurrencia en los siguientes términos:

—¡Respetable público!... No tengo noticia de

que nunca cuando al suspender un espectáculo se anuncia que es «por causas ajenas a la voluntad de la empresa», se haya dicho con más razón que en la ocasión presente: Sepan que nuestro empresario y director, señor Morterad acaba de ser hallado asesinado en su propio despacho.

El reuelo que se armó no es para dicho. En tanto que la gente se dirige a las taquillas, para que les devuelvan el importe de localidades y entradas la policía entra enseguida, en funciones y se avisa sin pérdida de tiempo al Juzgado.

Inspectores y agentes registran detenidamente todas las dependencias del edificio en busca de algún dato que permita hallar una pista que lleve al descubrimiento de los autores del crimen.

Al llegar al camerino de Clifford hallan oculto en uno de los rincones un revólver cargado, al que le falta una sola cápsula y muestra señales, evidentes, más aún inconfundibles para quien está habituado al manejo de tales armas de que acaba de ser utilizado.

La policía arresta inmediatamente a Clifford, pese a sus protestas de inocencia insistentemente reiteradas.

Y un nuevo padecimiento ha de sufrir el desdichado: el de la cárcel.

* * *

Pero nuestro más formidable acusador, es la conciencia, y en tanto que la del acróbata nada le reprochaba la de Coborn, le acusaba constante-

mente de haber traicionado a un antiguo amigo, de haberle matado después, y, finalmente, de permitir siguiese encarcelado un inocente cuya inculpación falsa en absoluto había él tramado al esconder el revólver en su camerino.

Y para acallar en lo posible los remordimientos de su conciencia, poco después, en una de sus entrevistas con Margarita, la hizo la brutal revelación:

—No puedo soportar por más tiempo este atroz remordimiento que corroe mi existencia.. Necesito descargar mi pecho en otra persona.. Hacerle copartícipe de mi secreto.. ¡Fui yo quien maté a tu esposa!.. Y lo hice por tí, Margarita.. Le propuse tu divorcio.. y él por toda respuesta intentó estrangularme.. y, entonces, yo, en legítima defensa, disparé contra él su propio revólver..

Margarita escuchó apesadumbrada la trágica revelación, y—¡oh misterios del corazón humano!—acaso en su fuero interno admirase a aquel hombre que por su amor había cometido un crimen..

Llegó por fin el día del juicio oral y el desdichado Mac Clifford compareció ante el Tribunal que debía juzgarle.

El Presidente del Tribunal le pregunta:

—Acusado: En vista de la prueba abrumadora que contra usted arroja todo el sumario, confiesa usted al fin, su culpabilidad.

Y Clifford serenamente, con la entereza del inocente, responde:

—Por el contrario. Protesto de que se me impute la comisión de éste delito, y ante Dios y ante los hombres, proclamo mi inocencia.

El Presidente pregunta a la esposa del acusado:

—¿Es cierto que tuvo usted un vivo altercado con el señor Mortera antes de la función?

Al oír tal pregunta inesperada en absoluto, Elena se turba, y un criado del circo, declara:

—La noche de autos pasé casualmente por delante la puerta del despacho del Director, que estaba entreabierta. La señora Clifford estaba hablando con el señor Mortera, y oí claramente que le decía: «—Puede usted hacer lo que guste, pero le prevengo, que si obliga a trabajar a mi marido, ocurrirá esta noche algo terrible».

La declaración del criado deja completamente anonadada a Elena, y entonces Clifford creyendo que su esposa había matado al Empresario, para salvarla, con un rasgo sublime de abnegación, exclama:

—¡Perdón señor Presidente!.. Quiero confesar la verdad.. ¡Yo asesiné al señor Mortera!

¡Pobre Mac Clifford!

Convicto y confeso de un crimen que no había cometido, fué condenado a muerte.

El desgraciado al serle comunicada la sentencia, quedó anonadado, y dirigió a su esposa una mirada de ternura infinita.

Días después, y la vigilia del que había de cumplirse la sentencia, recibió en la celda la última visita de su esposa.

Clifford taciturno, no despegaba los labios.

—¿Por qué no me hablas?..—le interrogó Elena amorosamente—¿Me dejarás marchar sin siquiera una frase de cariño?.. Y dime, Mac de mi vida, ¿por qué matáste a Mortera ..

—¿Qué dices, Elena? ¿No le mataste tú?.. ¡Desgraciado de mí que me declaré culpable por salvarte, creyendo que tú le habías matado!.. ¡Corre a exponer el caso al Presidente de la Audiencia!.. ¡Acaso aún lleguemos a tiempo!..

Elena corrió a ver al magistrado; le explicó la verdad de lo sucedido; hablóle de la magnitud del sacrificio llevado a cabo por su esposo.

Pero el Presidente, no dió crédito a sus palabras, y manifestóla que el Tribunal había condenado a la última pena a su marido por que él habíase confesado autor del crimen..

Desesperada Elena, corrió a consultar el caso a Coborn que había sido el abogado defensor de su marido.

El letrado no puede mostrarse insensible ante el dolor cruento de la esposa amantísima, y exclama:

—Tranquílese usted señora; su esposo, no morirá.. ¡Yo le salvaré!

Aquel mismo día en los periódicos de la última hora pudo leerse la siguiente noticia:

«El reo de muerte Mac Clifford será absuelto

libremente, su defensor el abogado Coborn se ha declarado autor del asesinato del empresario del Gran Circo Medrano. Cumplidos que se hayan los trámites reglamentarios, Mac Clifford será puesto en libertad».

Transcurridos algunos días las puertas de la prisión abriéronse para Mac Clifford.

Cuando el oficial criminalista entró en su celda leyéndole el auto de libertad, el desdichado Mac no quería dar crédito a lo que oía.

Pero la realidad encarnada ésta vez en la persona del Director de la cárcel quien dándole un amistoso apretón de manos le dijo:

—Está usted libre amigo; un error de la justicia es siempre posible, pero su inocencia le ha salvado...—le hizo comprender claramente su situación.

Y como merecida recompensa de su noble y hermosa abnegación, el principio de la senda que iluminaba el amor, con los brazos abiertos, trémula de emoción, le aguarda su esposa, la amantísima Elena..

EN EREVE publica-
remos el argumento
de la gran película

ESPOSAS FRIVOLAS

estrenada el día 15
del corriente, y el de

EL INTREPIDO HEREDERO

Narraciones, MARIO MONTEVERDE

Próximamente :

LA MUJER Y LA MODA

Interesantísimo pe-
riódico de modas



Editorial ESMANDIA
Provenza, núm. 244